

Identidad y predicación

Dr. Justo L. González



Justo & Catherine González Lecture Series
Life Pacific University; San Dimas, California
9 de octubre de 2025

Identidad y predicación

El tema que se me ha fijado para esta noche es el de la identidad. Mucho me gustaría hablar sobre él, pero lo primero que debo decir es que yo mismo ando buscando y averiguando qué es eso de la identidad; y en particular qué es eso de *mi* identidad. Ahora que lo pienso, creo que he andado en busca de esa identidad desde aquel día hace poco más de 88 años, en que un médico me dio un par de nalgadas para que yo gritando le dijera el mundo: “¡Aquí estoy!”.

Luego, cuando de identidad se trata, lo único que me hace experto es que llevo 88 años buscándola y formándola, ¡y todavía no termino! Lo que es más, no pienso terminar hasta el día el que el Vencedor de todos los males me dé una piedrecita con un nombre nuevo. ¡Y quien sabe si eso será el comienzo de una nueva identidad!

Por eso sobre el tema de la identidad en general me atrevo solamente a ofrecer unas pocas aseveraciones, no porque las haya estudiado, sino sencillamente porque las he experimentado.

La primera de ellas es que la identidad es siempre un proceso en construcción. A la famosa frase de Heráclito, que nadie se baña dos veces en el mismo río, yo le añadiría que nadie es lo mismo más de una vez. Somos proyectos en construcción, no solamente desde el día en que nacimos, desde el día de las ya mentadas nalgadas, sino desde aquel primer día en que el Dios de las edades dijo: “Hagamos al ser humano”.

La segunda aseveración, que es necesaria a fin de evitar las consecuencias más radicales de la primera, es que en esa constante construcción y transición hay continuidad. Yo no soy el mismo que nació hace 88 años. Pero sí soy el mismo. Mi identidad ha cambiado a través de los años, y seguirá cambiando; pero, con todo y eso, ¡sigo siendo la misma persona!

La tercera advertencia es que la identidad, con todo y ser muy individual, tiene dimensiones colectivas que es necesario tener en cuenta. Como bien dijo aquel filósofo español: “Yo soy yo y mi circunstancia”. Mi identidad no es algo que yo construyo desde dentro hacia afuera, como si todo eso que me rodea—mi lugar en la sociedad, mis amigos y enemigos, mis traumas y mis deleites— tuviera solamente una función pasiva en la formación de mi identidad. Si es verdad lo que dijo Newton, que entre dos cuerpos cualesquiera hay una atracción directamente proporcional al producto de sus masas, e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia entre ellos, eso quiere decir, no solamente que la Luna y el Sol producen mareas, sino también que todo cuanto existe en el universo ejerce una atracción sobre todo lo demás. Nada en el universo existe por sí solo.

De igual manera, nadie tiene una identidad aislada de todas las demás identidades en torno suyo. Nadie es quien es por sí solo. Nuestra identidad es contextual. El proceso de formación de nuestra identidad es contextual. Yo soy yo y mi circunstancia. Yo soy quien soy porque ustedes están ahí. Cada uno de ustedes es quien es porque nosotros estamos aquí. Como bien dijo un famoso poeta y predicador, “Nadie es una isla”.

Hace mucho menos—no más de unos pocos años—cuando supongo que yo estaría preocupado escribiendo algo, en un país lejano—algunos dicen que en China—alguien—no se sabe si era científico virólogo o si era cocinero—hizo algo—no se sabe qué. Pero el hecho es que aquello que hizo esa persona, probablemente sin pensarlo mucho, me tuvo encerrado en casa por más de dos años, y en todos produjo un trauma que todavía perdura. Como dijo hace más de dos mil años un poeta africano, “Nada humano me es ajeno”.

Pero basta de generalidades. La identidad nunca es general. La identidad de quienes estamos aquí es variada. Unos son mexicanos, otros centroamericanos, otros californianos. Unos son varones, y otras son mujeres. Unos son jóvenes, y otros ya pasamos de ancianos. Todos esos son factores esenciales en la identidad de cada cual. Pero hay también otro elemento en nuestra identidad que nos ha traído aquí hoy: somos cristianos. El apellido que nos pusieron en nuestro certificado de nacimiento puede ser González, o Pérez. Pero el apellido que Dios nos puso en nuestro nuevo nacimiento, el apellido que es nuestro en virtud de nuestro bautismo, es “Cristiano”.

Pablo lo dijo de manera bien tajante: “Muertos sois”. ¡Muertos! ¡Difuntos! Como diríamos en el Caribe, “¡Furubú mandinga!” Lo que ha perdido forma. Lo que ya no existe. “Muertos sois, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Y cuando Cristo, vuestra vida, se manifestare, entonces también vosotros seréis manifestados”. Las famosas palabras de Pablo en Gálatas, “Crucificado estoy juntamente con Cristo”, no son, como frecuentemente pensamos, una

declaración de su dedicación personal, sino de la identidad misma de todo creyente:

Crucificados estamos juntamente con Cristo.

Si la identidad está siempre en proceso de construcción, lo mismo es cierto de nuestra identidad cristiana. Somos cristianos; pero también estamos viniendo a ser cristianos. Eso también lo dijo Pablo, “hallo en mis miembros otra ley”, pero “prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento en Cristo Jesús”.

Y si la identidad es siempre colectiva, si yo soy yo y mi circunstancia, si yo soy yo con los demás, mi identidad como cristiano no depende solamente de mi conexión individual con Cristo, sino también de mi conexión con el resto del cuerpo de Cristo. Pablo usa repetidamente la imagen de la iglesia como un cuerpo. Pero ese cuerpo no es como los de un pulpo o algún otro cefalópodo, en el que los miembros se conectan directamente con la cabeza, sino que es más bien la de un cuerpo en el que el pie sabe que necesita del ojo, y las manos saben que necesitan de los pies, de modo que “todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”. Así lo dice Pablo. Y Pedro lo dice de otro modo: “vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios ... nación santa, pueblo adquirido por Dios”. ¡Esa es nuestra identidad!

Pero, si no estamos aquí para hablar de nuestra identidad en general como seres humanos,

tampoco estamos aquí para hablar acerca de nuestra identidad como pueblo de Dios. Nuestra identidad como seres humanos es importante, y no podemos desentendernos de ella. Nuestra identidad como pueblo de Dios también es importante, y no debemos desentendernos de ella. Pero lo que aquí nos interesa en concreto es nuestra identidad respecto a la predicación.

Estamos aquí porque la predicación es parte de nuestra identidad. Supongo que la mayoría de nosotros se identifica como predicadoras y predicadores. Supongo que un buen grupo se identifica como quienes escuchan la predicación. Pero para todos la predicación—la predicación convincente, y sobre todo la predicación obediente—es parte de nuestra identidad, ya sea desde este lado del púlpito o desde el otro.

Tratemos entonces acerca de quien predica, y de su identidad. Naturalmente, la identidad de quien predica tiene muchas dimensiones: quien predica pertenece a un género, a una cultura, a una tradición teológica; y todo eso es parte de su identidad, que no desaparece como si uno pudiera esconderse detrás del púlpito.

Pero hay una dimensión de la identidad de quien predica que frecuentemente se nos olvida, y es la relación entre quien predica, lo que predica, y quienes le escuchan. En todo acto de predicación hay al menos tres factores—y en la mayoría de los casos debería haber otro más, el culto; pero eso es tema para otras series de conferencias.

Esos tres factores esenciales son: quien predica, quienes escuchan, y lo que se predica.

Lo primero que hay que subrayar en cuanto a esto es que todos esos tres factores son activos, y no pasivos. El caso de quien predica no necesita discusión. Por definición, quien predica está activo. Si no lo está, “apaga la luz y vámonos a dormir”.

Pero también quienes escuchan tienen una función activa. Su tarea no es solamente escuchar, sino también asimilar, considerar, responder. Un sermón no es el texto o las palabras que se predicán, sino el diálogo que tiene lugar entre quien predica y quien escucha y responde. Un sermón no es un texto, sino un evento. El texto puede copiarse, imprimirse, reproducirse; pero el evento, el acontecimiento, es único e irrepetible.

Y por último, pero en realidad en primer lugar entre esos tres factores, está la Palabra de Dios.

Volvamos entonces a la identidad de quien predica. En ese triángulo con tres vértices—quien predica, quienes escuchan, y la Palabra de Dios— ¿dónde se encuentra quien predica?

Frecuentemente nos referimos a quien predica como “profeta”, y hablamos de “predicación profética”. A veces hasta establecemos un contraste entre “predicación profética” y “predicación pastoral”, de tal modo que quien al predicar le anuncia al pueblo de todas sus maldades y de su complicidad en el mal que nos rodea es “profeta”; y quien se ocupa de calmar

sus ansiedades, de curar sus dolores, y de darles esperanza a quienes desesperan, predica “pastoralmente”.

Empecemos por decir que el uso de tales términos es un malentendido de los términos mismos. Ciertamente, en la Biblia, un profeta se atreve a decirle al rey David: “Tú eres ese hombre”. Pero también en la Biblia un profeta dice “Consolaos, consolaos, pueblo mío”; y otro profeta anuncia “enjugará Dios todas las lágrimas de los ojos de ellos”.

Y en cuanto a lo de ser pastoral, un pastor no solamente cuida y alimenta a las ovejas. El pastor también sabe dónde el rebaño encontrará aguas de reposo y deliciosos pastos, y usa de la punta de su cayado para no dejarlas adormecerse en el camino.

No cabe duda de que las dos imágenes tienen profundas raíces bíblicas. Pero el pastor no solamente cuida, sino que también corrige. Y el profeta no anuncia solamente juicio y dolor, sino también paz y consolación.

Recordemos además que en la Biblia el pastor es parte del rebaño. Dios llama a David para que, como rey, sea pastor de su pueblo. Pero en esa misma Biblia se le atribuye a ese pastor de toda la nación un salmo que empieza diciendo: “El Señor es mi pastor”

Lo que esto quiere decir es que, si en la predicación Dios habla, la tarea de quien predica no es

solamente hablar, sino también escuchar. Quien predica proclama la Palabra de Dios para el pueblo, pero al mismo tiempo tiene que reconocerse como parte de ese pueblo. Su identidad no consiste solamente en hablar, sino también en escuchar. Gramaticalmente, el tono central de una predicación obediente y eficiente no es “Yo les digo”, ni “Dios les dice”, sino más bien “Dios nos dice”.

Hay empero una diferencia importante entre el escuchar de la congregación y el escuchar de quien predica. Se supone que la congregación escucha a quien predica porque esa persona ha escuchado antes. En el culto, la congregación oye el pasaje que se va a exponer, el pasaje cuyo mensaje todos esperamos escuchar. Pero escucha también a quien predica. Si le escucha como debe, y si se predica como se debe, la razón por la que la congregación escucha el sermón no es que quien predica sea elocuente; no es que quien predica sepa mucho; no es que grite mucho o que hable suavemente; no es que sea santo o santa. La verdadera razón—en realidad, la única razón—por la que la congregación debe escuchar la predicación es porque quien predica ha escuchado antes.

Al decir tal cosa, no quiero decir únicamente que quien predica tiene autoridad para predicar porque ha escuchado la voz de Dios llamándole. Eso se da por sentado. Quiero decir un escuchar más profundo; un escuchar que nos conmueve, que nos cuestiona, que nos sorprende.

En nuestra casa, el intelectual de la familia, el que pasaba horas leyendo, era mi hermano. Hace

muchos años, cuando mi hermano era adolescente, mi mamá se quejaba de que cuando mi hermano estaba leyendo y ella le decía algo, él la oía y hasta le respondía, pero no la escuchaba:

—Jorge, te llaman por teléfono.

—Sí. Ya voy. —Y seguía leyendo.

—Jorge, te llaman por teléfono.

—Sí. Ya voy. —Y seguía leyendo.

—Jorge, te llaman por teléfono.

—¡Ay! ¡Se me olvidó! —Y entonces por fin cerraba el libro y salía corriendo a ver si todavía había alguien al teléfono.

El escuchar —no el oír, sino el escuchar— requiere interrupción. Requiere reconocimiento de ese otro que nos interpela. Cuando de veras escuchamos, reconocemos no solamente que se nos dice algo, sino también la presencia de quien nos lo dice.

Lo que se nos dice no tiene que ser necesariamente algo nuevo. Cuando alguien a quien amamos profundamente nos dice, “te amo”, eso no es nuevo. Lo hemos oído mil veces. Pero si de veras lo escuchamos, aunque lo hayamos oído varias veces cada día, todavía nos sorprende. ¿Cómo puede ser que esa persona me ame? Y porque nos sorprende, aunque lo hayamos oído repetidamente, aunque no requiera nada de nosotros, lo escuchamos. Y, porque lo escuchamos, resuena en nuestro corazón.

De igual manera, quien predica, antes de atreverse a predicar, tiene que escuchar. Y lo que

escucha tiene que sorprenderle. Puede sorprenderle porque la gracia divina es tal que el Dios que sacudió la mano y salpicó al universo con estrellas se ha sentado junto a esa predicadora y susurrando le ha dicho al oído: “Dile a mi pueblo...”

Pero también, al menos de vez en cuando, lo que escucha debe sorprenderle. Por mucho que usted ame a una persona, esa persona sigue siendo otra. Y, aunque el amor se base en lo que se tiene de común, ese mismo amor se nutre de la sorpresa, de la diferencia, de la otredad.

Lo mismo sucede con quien predica. ¡Sorpréndase, sí, cada día de la gracia de Dios! Pero también invite a Dios a sorprenderle de maneras absolutamente inesperadas.

Y aquí me atrevo a darles un extraño consejo a quienes entre ustedes ocupan el púlpito con cierta regularidad. Digo que es extraño, porque de momento parece ser todo lo contrario a lo que nos parece más lógico: *Predique, aunque sea alguna que otra vez, sobre un pasaje que a usted no le guste. Y también: No importa cuál sea el pasaje, léalo cuidadosamente, encuentre lo que menos le gusta, lo que no entienda, lo que le moleste, y asegúrese de tomarlo bien en serio.*

Eso es de suma importancia, porque si usted no predica sino sobre sus pasajes favoritos se le hace peligrosamente fácil no predicar sobre lo que Dios quiera decirle y usted prefiera no escuchar. Y una consecuencia de eso es que entonces, en lugar de ser la Palabra de Dios lo que dirija y determine su predicación, es usted quien, al escoger un pasaje, determina lo que la

Biblia va a decir.

Permítaseme ofrecer un ejemplo. Si yo soy pastor, y me parece que mi congregación se ocupa mucho de su propia fe y de su estudio bíblico, pero no de las necesidades de quienes nos rodean, escojo la parábola del Buen Samaritano, hablo de cómo el samaritano, quien se suponía que despreciara al judío que yacía herido a la vera del camino, e invito a la congregación a hacer lo mismo, como Jesús invitó a quien le cuestionaba. Pero si entonces, medio año más tarde, me parece que mi congregación es demasiado activista, y que no se ocupa suficientemente de la vida devocional, del estudio y la oración, predico sobre Marta y María, y de cómo María, al decidir no ocuparse de preparar la comida, se sentó a escuchar a Jesús, y así escogió la mejor parte.

Si entonces, después de predicar esos dos sermones, me detengo a pensarlo, de momento noto que la parábola del Buen Samaritano está en el capítulo 10 de Lucas, y que la historia de Marta y María está...(¿dónde?)... en el mismo capítulo. Los dos pasajes están adosados directamente, sin que haya siquiera un versículo entre ellos.

Lo que he hecho no está mal. Ciertamente, la predicación tiene que ser pertinente a las necesidades y retos de la congregación. Pero tengo que confesar que en realidad he sido yo quien determiné lo que la Palabra de Dios debería decir, y no la Palabra la que determinó lo que yo debería decir. Lo que sucedió fue sencillamente que escuché a medias. Ya yo sabía lo que la

parábola decía. Yo ya sabía la historia de Marta y María. Y, como ya la sabía, pensé que no tenía que luchar con el texto. Y, en consecuencia, los pasajes no me dijeron mucho de nuevo.

Pero lo peor no es eso. Lo peor es que desde el momento en que empecé a leer en el culto la Parábola del Buen Samaritano ya la congregación sabía lo que yo iba a decir. Y yo sabía que la congregación lo sabía. Por eso, en lugar de ocuparme principalmente de escudriñar el texto, me dediqué a buscar giros oratorios que le dieran interés a mi sermón, o a gritar más fuerte, para que se entendiera que lo que estaba diciendo era importante.

¿Dónde está, entonces la respuesta? La respuesta es en parte cuestión de mi identidad como predicador. He recordado la fase de mi identidad que me dice que como predicador mi tarea es decirle al pueblo de Dios lo que dice la Palabra de Dios. Pero he olvidado otra dimensión de esa identidad, que debería recordarme que para ser pastor tengo que ser oveja, que para hablar tengo que empezar por escuchar. Que si no escucho nada que me sorprenda, nada que me rete, nada que me desafíe, la congregación tampoco lo escuchará.

Dije casi al principio que la predicación efectiva y obediente hay tras elementos activos. Dos de ellos son quien predica, y quienes escuchan. Pero dije poco sobre el tercero, la Palabra de Dios. Esa Biblia que está sobre el púlpito, que parece tranquilita y pasiva mientras hojeamos sus páginas, esa Biblia de la que equivocadamente nos creemos dueños, esa Biblia es el factor más activo en todo acto de predicación. Es factor activo, no porque esté impresa en un papel

especial, o porque su tinta sea especial, o porque quien predica la exponga de manera especial.

No. Esa Biblia es un factor activo en el acto de predicación porque en ella nos habla el mismo Dios que en el principio dijo “Sea”, ¡y fue! Esa Biblia es factor activo, no solamente porque hace siglos el Espíritu Santo inspiró a sus autores, sino también porque a través de los siglos el mismo Espíritu inspiró a sus lectores; y sobre todo porque hoy, al leerla y exponerla, el mismo Espíritu que inspiró a sus autores inspira a quienes la predicán y a quienes la escuchan; porque el mismo Espíritu que desde el principio se movía sobre la faz de las aguas se mueve hoy sobre la faz de la iglesia. Lo que nos toca preguntarnos es: ¿se moverá la iglesia al escuchar el silbo del Espíritu, como se mueven las aguas al silbo de su voz?

